

CASPINCHANGO, LA RUPTURA METAFÍSICA Y LA CUESTIÓN COLONIAL EN LA ARQUEOLOGÍA SUDAMERICANA: EL CASO DEL NOROESTE ARGENTINO

Alejandro F. Haber*

La vinculación entre arqueología, antropología e historia se remite normalmente a cuestiones metodológicas determinadas por la caracterización de sus respectivos objetos, y es abordada de vez en vez como una cuestión de buena (o mala) vecindad. Dichos respectivos objetos, en tanto representaciones culturales de fenómenos históricos, no yacen dispuestos uno junto al otro, sino que se definen mutuamente en sus relaciones. Pero, en tanto se trata de fenómenos históricos, son los proyectos históricos de constitución de los sujetos colectivos los que vinculan las relaciones entre aquellos objetos.

A este respecto, no extraña que todo planteo teórico radical en la arqueología de las últimas décadas conlleve un replanteo de las relaciones de la arqueología con la historia y la antropología. Y es que cada manifiesto teórico intenta una nueva demarcación del ámbito objetual de la disciplina, con mayor o menor relación con las vecinas: Lewis Binford cerca de la antropología (Binford 1962), David Clarke lejos de todas (1984 [1978]), Ian Hodder cerca de la historia (1987). También es cierto que otros factores resultan importantes a la hora de definir la arqueología, y entre los más importantes figuran la previa definición que cada sociedad tiene de sí, de su historia, de su tradición nacional. Así, lo que en Argentina estudiamos bajo el título de "arqueología" podría ser enmarcado como "préhistoire" en Francia, "archaeology" en Inglaterra o simplemente "history" en algunos países del África occidental.

Por lo menos en casos como el argentino, se puede pensar que la vinculación entre demarcación tradicional nacional y delimitación de los cam-

pos de objetos dentro y fuera de dicha delimitación con el fin de promover la división del trabajo intelectual, es bastante directa. Propondré, incluso, que no se trata de una vinculación unidireccional, por cuanto una vez establecidas las matrices que definen y encasillan a las disciplinas científicas, y puestas estas a andar, el conocimiento de los objetos viene ya mediado por dicha división del trabajo, aunque resulta inadvertido el origen de la misma, facilitando pues su reproducción con toda apariencia de naturalidad. Nadie discutiría en nuestro país que un objeto de alfarería indígena es un objeto arqueológico (si antiguo) o etnográfico (si reciente), y nadie pondría en duda la paternidad de la historia sobre los papeles documentales del pasado. Va quedando claro que pretendiendo dirigirme hacia el punto en el cual la propia facticidad pone en riesgo las difíciles demarcaciones interdisciplinarias y, por qué no, las autodefiniciones disciplinarias.

Arqueología del NOA y período colonial

Normalmente no se entendería la vinculación posible entre la arqueología del NOA y el período colonial de otra manera que no fuera bajo la forma de una arqueología colonial, y a ella llamaré vinculación directa. Pero si, como he querido mostrar en los párrafos anteriores, la delimitación del campo está ya dada en la demarcación de la tradición étnico nacional, surge una vinculación recursiva según la cual no puede haber siquiera arqueología prehispánica sino en referencia indirecta al período posprehispánico; es decir, si tanto las disciplinas como sus objetos y sujetos se definen en relación a una *ruptura esencial, metafísica*, no hay investigación a un lado de la ruptura que no se afirme en supuestos acerca del otro lado de la misma.

(*) Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Argentina.

Ya sea que la arqueología es una disciplina auxiliar de la historia (tal como siguen sosteniendo las definiciones de manuales introductorios a la historia) ya una ciencia que estudia el pasado a través de los restos materiales (tal como aceptaría una definición amplia de arqueología dada por arqueólogos), no se comprende de otra manera el escaso interés de la arqueología del NOA en el período colonial. A escala continental, casi se reproduce el mismo esquema, si nos dejamos llevar de la síntesis que del campo hiciera hace algunos años uno de sus principales cultores (Schaedel 1992).

Un rastreo no exhaustivo de la literatura arqueológica referente al período colonial revela una llamativa escasez de obras (unos 40 títulos: Ambrosetti 1907; Arocena, de Gasperi y Petrucci 1960; Baldini y Albeck 1983; Bennett, Bleiler y Sommer 1948; Boman 1920 y 1932; Bregante 1926; Bruch 1911; Cáceres Freyre 1937, 1955, 1963 y 1983; Cadena de Hessling 1983; Cigliano 1960; Coni 1925; Debenedetti 1921; Furque 1900; González 1983; Gramajo de Martínez Moreno 1976 y 1983; Gutiérrez 1983a y 1983b; Hernández Llosas 1991; Lafone Quevedo 1892 y 1906; Lange 1906; Larrouy 1914; Levillier 1926; Lorandi, Renard y Tarragó 1960; Maeder 1983; Márquez Miranda y Cigliano 1957; Montes 1959; Morresi 1983; Morresi y Gutiérrez 1983; Núñez Regueiro y Tarragó 1972, Outes 1922-1923; Quiroga 1894; Raffino 1983; Raviña 1983; Sempé de Gómez Llanes 1973, 1983a y b y Tarragó 1984; de los cuales solamente la mitad son trabajos específicamente de arqueología colonial: Boman 1932; Bruch 1911; Cáceres Freyre 1937, 1955 y 1963; algunos contenidos en la publicación editada por Cigliano 1960; Debenedetti 1921; Furque 1900; Gramajo de Martínez Moreno 1976; Hernández Llosas 1991; Lafone Quevedo 1892; Lange 1892; los artículos editados en sendos volúmenes por Morresi y Gutiérrez 1983; Núñez Regueiro y Tarragó 1972; Outes 1922-1923; Sempé de Gómez Llanes 1973 y Tarragó 1984, mientras que los restantes contienen sólo referencias – más o menos útiles – a materiales coloniales). En algo más de un siglo de arqueología del noroeste argentino, el período colonial no ha producido ninguna obra mayor, ningún arqueólogo especializado y, me atrevo a sentenciar, ningún aporte mayormente sustancial al debate acerca de la historia colonial en el espacio andino y/o rioplatense.

¿Se puede entender esta situación desde el desinterés de los arqueólogos individuales hacia

la investigación de periodos históricos? ¿O cabe pensar que habrían razones más profundas para dar cuenta del silencio con el que los arqueólogos intervienen en el debate colonial? De cualquier manera, ¿no podrían estas últimas ayudar a comprender el origen de las primeras?

En anteriores trabajos he intentado mostrar, mediante el análisis de los textos producidos durante lo que se puede considerar la etapa formativa o liminar de la arqueología del NOA (aquella durante la cual la disciplina como tal realizaba sus primeras demarcaciones del campo y de su comunidad, 1875-1910) cómo se produjo la delimitación del ámbito objetual de la disciplina arqueológica en torno a lo indígena precolonial y la ubicación del período colonial respecto de ese ámbito (Haber 1992-1994, Haber & Delfino 1995-1996). Antes del trabajo fundacional de Debenedetti (ver más abajo), Carlos Bruch (1911), Hilarión Furque (1900), Samuel Lafone Quevedo (1892), Gunardo Lange (1892), Antonio Larrouy (1914), Adán Quiroga (1894) y otros, habían tratado con el período, sitios y materiales de la arqueología colonial, en un marco netamente histórico. Las múltiples modalidades de interpretación arqueológica fueron progresivamente dejadas de lado, sobre todo aquellas que he caracterizado como *histórico-filológicas* (Haber 1992-1994), en favor de un modelo científico dominante en aquella época, pero que tuvo duraderas consecuencias para la arqueología argentina. Así, el positivismo implícito de los “*naturalistas viajeros*” fue apoderándose del objeto de la arqueología, configurando sus supuestos teóricos tanto como sus prácticas. Pero lo que aquí más interesa es que en ese tramo fundacional de la arqueología se incorpora *a priori* lo que perdurará hasta hoy como uno de los supuestos sustentadores de la disciplina: la completa autonomía del objeto arqueológico respecto del sujeto cognoscente. En este supuesto se basa lo crucial que le resulta a la arqueología no inmiscuirse en problemáticas coloniales, más allá de lo meramente referente a los epígonos coloniales culturalmente remanentes de lo precolonial. Se asegura así la disolución de su propio objeto y la más clara delimitación de la división del trabajo intelectual, por lo que el objetivismo y el dominio objetual de la arqueología del NOA se constituyen en un mismo paso. Esto queda naturalizado, reafirmado metodológica y empíricamente, por la construcción teórica y pre-teórica del objeto arqueológico en tanto objeto material y su rela-

ción con el objeto histórico en tanto texto escrito. En la constitución objetivista de la arqueología del NOA, se preanuncia la pura materialidad del objeto, la cual será la característica definitoria del mismo y reafirmatoria de su externalidad respecto del sujeto (Haber 1994, Haber & Scribano 1993). De esta manera, arqueología e historia se ocupan de ámbitos *esencialmente* distintos, por lo que *naturalmente* se ubican a uno y otro lado de la ruptura metafísica. La arqueología colonial es, apropiándose de la definición cultural de la basura ingeniosamente dada por Mary Douglas, materia fuera de lugar. En este sentido, se trata de un campo específico cuya sola existencia pone en crisis los supuestos metafísicos sobre los que se ha construido el ámbito objetual de la arqueología. La exploración crítica de este campo permitirá comprender:

- la escasa popularidad del campo de la arqueología colonial entre la comunidad arqueológica;
- la ausencia de promoción de especialistas en arqueología colonial; y
- la larga perduración del “*modelo Caspinchango*” en la delimitación del campo, inaugurado por Debenedetti en 1921 y sólo implícitamente cuestionado por Tarragó en 1984.

La construcción del objeto (y del sujeto)

En la obra fundadora de la arqueología histórica del NOA (Debenedetti 1921) se pueden hallar algunas de las características de su objeto. Salvador Debenedetti publicó en 1921 un informe de las excavaciones por él dirigidas durante la XVII Expedición de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires realizadas un año antes, y patrocinadas por el coleccionista portugués Benjamín Muniz Barreto, a quien le dedica el trabajo (aunque Outes reclamará la paternidad de la investigación de campo para Weisser en lugar de Debenedetti, ver más abajo). Tras una breve ubicación geográfica de la localidad de Caspinchango, cercana a Santa María en la provincia de Catamarca, Debenedetti enumeró los nueve cementerios hallados en dicho sitio. En dos de ellos, Rico y Monte Redondo, halló entierros con material de procedencia europea, cuya descripción es el tema del trabajo. En los otros cementerios encontró entierros acompañados de objetos asignados a la cultura Santamariana y/o incaicos, pero no europeos. Descri-

bió los hallazgos tumba por tumba, ya sean entierros de adultos en cámaras subterráneas con paredes y techo de piedra en falsa bóveda, ya sean entierros de párvulos dentro de urnas u ollas.

La consideración de estos contextos funerarios como hallazgos cerrados, siguió la por entonces prestigiosa metodología de seriación elaborada por Flinders Petrie para el establecimiento de la cronología arqueológica del valle del Nilo. Los hallazgos cerrados eran considerados contextos integrados por objetos depositados en un mismo momento y no habiendo recibido posteriores inclusiones de objetos, por lo que los objetos asociados en dichos contextos podían ser confiablemente interpretados como provenientes de un mismo momento. Esto permitió a Debenedetti establecer claramente el repertorio de objetos que fueron depositados, en el marco de rituales funerarios, en un momento dado. O, mejor, en una serie de momentos dados, un período, puesto que cada tumba era un contexto relativamente independiente. Se trata de un período en el cual coexisten dos elementos: la modalidad de entierro indígena y materiales de origen europeo (hierro, loza de Talavera, cuentas de vidrio). Temporalmente los objetos europeos otorgaban un *terminus post quem* en la llegada de los primeros españoles al territorio del valle de Yocavil, y la perduración de las costumbres funerarias indígenas refieren al *terminus ante quem* de la definitiva conquista y aplastamiento de las así llamadas rebeliones calchaquíes, luego de las cuales se presume que la evangelización y conversión de los indígenas locales habría impedido una perduración mayor de ritos colectivos no cristianos.

Pero no se trata aquí de tecnicismos arqueológicos, sino de una verdadera definición de un campo de estudio, el de la arqueología del NOA. La arqueología podrá estudiar los restos de las poblaciones indígenas no sólo hasta la llegada de los españoles, sino también hasta la definitiva derrota de aquellas ante estos. Se trata de la definición de un período de la historia regional, que luego será bautizado como *hispano-indígena*, revelando en su nombre el carácter mixto de su afiliación cultural. Los conquistadores habían ya comenzado su obra, por lo que la historia americana ya había nacido; pero los calchaquíes aún no habían abandonado su cultura, determinados a una épica resistencia de más de un siglo. Por lo tanto no se trata de una periodización fría, sino que, por el contrario, está cargada de contenido: el *acervo cultural*. Plantear la cuestión en términos de cultura in-

dígena (o calchaquí) y cultura española u occidental, nos privaría de comprender el verdadero sentido eurocéntrico que la dicotomía subyacente barbarie-civilización implicaba, para diluirnos en un relativismo cultural aún lejano de la academia nacional a principios de siglo.

En una sociedad que luchaba por definir su carácter nacional, el control del pasado ancestral implicaba una definición del futuro. Arqueología e historia se construyeron no a diferencia una de otra sino en relación al sujeto colectivo que era el origen y destino del estudio del pasado: la nación argentina. Es en el noroeste donde tal vez la presencia de población indígena pasada y presente resultaba más problemática, pues era allí imposible comprender en términos de justificación primordialista la dificultosa demarcación territorial de la nación (Eller & Coughlan 1992). Las cuentas de vidrio eran mucho más que abalorios de colores sobre los torsos primitivos, implicaban la aceptación de un complejo civilizatorio, todo un preanuncio del proyecto de la Argentina moderna:

“(L)os conjuntos de perlas de vidrio conocidos son, a veces, verdaderos collares pero, otras veces, han sido rosarios, enterrados con sus dueños como tales o desarmados para fabricar collares” (Debenedetti 1921: 40-41).

“Habría (...) razones históricas, perfectamente conocidas, que (...) hacen aceptable (que estos collares de perlas de vidrio pudieron haber sido rosarios): la intervención y las prácticas de los misioneros para difundir el cristianismo entre aquellos apartados pueblos” (ibid.: 40).

Y, al mismo momento, las cuentas de vidrio eran una y la misma cosa que la cerámica, desde entonces llamada Caspinchango en la jerga arqueológica, que fue descrita por Debenedetti de una manera por demás reveladora, mereciendo una cita extensa:

“La alfarería descubierta en estos cementerios es de factura ordinaria y marca una bien visible *decadencia* con respecto a la que (...) se conoce como procedente del valle de Yocavil. Tanto la forma como el decorado se apartan en absoluto de los clásicos tipos y, *ni siquiera por excepción, se descubre una posible vinculación* recíproca.”

“(S)e advierte que entre los pobladores de aquella comarca, en un momento determi-

nado, no hubo verdaderos alfareros, como los que fabricaron las urnas de tipo Santa María y otras formas harto conocidas.”

“En general los vasos son de confección grosera, de pasta muy cargada de mica y malamente verificada la cocción. De ahí su poca resistencia. Los tipos no presentan gran variedad y la decoración, trazada sin ninguna firmeza, acusa *inseguridad* y *torpeza* de mano del alfarero” (ibid.: 18-19).

“La alfarería decorada procedente de los cementerios de Caspinchango *carece*, en definitiva, *de verdadero carácter*; no puede agruparse dentro de los tipos conocidos del valle de Yocavil y presenta, con respecto de esta, *una verdadera regresión, tan marcada y definida que sería absurdo suponer que fueron los mismos alfareros, sujetos a determinados cánones, los fabricantes de ambas cerámicas*” (ibid.: 27).

“La *degeneración del arte de la cerámica* moderna en ciertos yacimientos del valle de Yocavil es demasiado evidente y no sólo demuestra (...) un desconocimiento absoluto del arte antiguo (...) sino la incorporación de una técnica nueva que se inicia con tan inseguros tanteos e infantiles principios” (ibid.: 28).

“La alfarería de los cementerios de Caspinchango demuestra evidentemente la entrada de la cultura hispánica en una época relativamente cercana, durante la cual los clásicos y hermosos tipos tan conocidos y estudiados habían caído en desuso absoluto, aun cuando los nuevos pobladores utilizaron, para inhumar a los individuos adultos en cámaras de piedra, los viejos cementerios de niños, dispersos en la comarca. *Esta superposición de culturas y de inhumaciones, de caracteres tan distintos, asigna a la arqueología de Caspinchango un valor estimable, pues fija, en definitiva, su posición cronológica*” (ibid.: 29; enfatizados no originales).

En definitiva, el tránsito por un período liminar entre dos realidades distintas es tanto o más difícil que las conceptualizaciones pre-teóricas de la historia (en sentido lato) del NOA, realizadas en determinación metodológica que justifica “naturalmente” la brecha disciplinaria, toda vez que *poseer o carecer de escritura* es el don del patrimonio

cultural que permite clasificar a los pueblos en forma más general. La demarcación disciplinaria fue a la vez una demarcación no sólo del objeto (lo cual sería de esperar) sino, implícitamente, una demarcación del sujeto (Friedman 1992, Haber 1994). De allí que el revestimiento temporal que la periodización de la nación supone encubra aquello que, dentro de las ciencias vinculadas al nacionalismo, hace que un pueblo pueda ser sujeto histórico: poseer o no *una cultura propia, una esencia* que lo justifique. Salvador Debenedetti encontró la defunción cultural indígena por obra de la alfarería degenerada depositada en su tumba junto a la claudicación frente al invasor en forma de rosario cristiano. Lejos de representar dos períodos temporales métricamente controlados a lo largo de una misma escala, Debenedetti revela el proyecto político e histórico que la conquista implica en la historiografía (incluyendo a la arqueología) nacional, evidenciada en términos de objetos materiales que representan a la cultura de un pueblo, o a la ausencia de esta. Lo demuestra la consideración no sólo tecnológica sino sobre todo estética de la diferencia entre los tipos de Santa María y los de Caspinchango.

Esta *dicotomía metafísica* constituye asimismo una brecha *teórica*, pero también una distinción *metodológica* y, finalmente, una *división del trabajo intelectual* sobre el pasado regional. La arqueología histórica quedó relegada, pues no logró encajar en lo abrupto de dichos abismos, adoptando el carácter marginal de un campo liminar.

La crítica contemporánea (silenciada por la exegética posterior)

Curiosamente la obra de Debenedetti pasó a ser considerada, años más tarde, como la piedra fundamental de la arqueología hispano-indígena. Mi curiosidad no se basa en valores intrínsecamente negativos de la obra debenedettiana, sino en el paralelo silencio al que fue llamado su agudo y revelador crítico. Fue Félix Outes el encargado de señalar la inconsistencia del trabajo de Debenedetti. Problemas de léxico, estilo y presentación son los menores, pues Outes demostró claramente, con los propios datos aportados por Debenedetti, que *ni los materiales incaicos ni los santamarianos se encontraban tan claramente discriminados de los materiales "típicos" de Caspinchango*, con lo que implicaba la irrelevancia de la "premisa Petrie"

para la argumentación del caso Caspinchango. Outes objetó que el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras no hizo justo reconocimiento de su mecenas, Benjamin Muniz Barreto y, paralelamente, que Salvador Debenedetti no hizo justo reconocimiento de Uladimiro Weisser, el ingeniero topógrafo que actuó en esa como en otras expediciones de Barreto, aunque en este caso fue responsable de la mayoría de los descubrimientos que describió Debenedetti, así como de la totalidad de las representaciones gráficas.

Más grave aún fue para Outes que Debenedetti no hubiera descrito ni someramente la totalidad del sitio Caspinchango, con cementerios y varios enterratorios aislados, sino solamente dos cementerios que contenían el material europeo:

"Esta circunstancia, por sí sola, invalida las conclusiones formuladas, pues, se han omitido los amplios elementos de juicio que exige la investigación arqueológica, cuando se trata de investigaciones que encaran la solución de problemas referentes a sucesión de niveles culturales, cronología relativa y absoluta, o tipología cronológica" (Outes 1922-1923: 265).

Objetos de cobre de asignado origen español fueron reinterpretados como incaicos por Outes sobre la base de comparaciones con otros sitios incaicos del Perú. La coexistencia de Santa María y Caspinchango fue demostrada por Outes mediante el señalamiento de dos de las tumbas de Debenedetti en donde urnas santamarianas aparecieron junto a piezas Caspinchango. La decoración de Caspinchango no fue considerada como esencialmente diferente por Outes, sino como *continuación de la tradición santamariana*:

"(L)a cerámica de Caspinchango posee su carácter, el único que pudo transmitirle el núcleo étnico que se desarrollaba en las circunstancias puntualizadas por el autor: viviendo, precariamente, en un "escondido valle"; dedicado a labores agrícolas, bajo la influencia desconcertante, y acaso despiadada, de los conquistadores; pero evidenciando, no obstante, en la forma y los elementos ornamentales, malamente ejecutados, de sus alfarerías, no una "técnica nueva", ni "inseguros tanteos e infantiles principios", sino la espontánea convergencia hacia la vieja pauta original que se perdía para siempre, bajo la acción de factores perturbadores decisivos" (ibid.: 279).

Duraderas consecuencias tendría el hecho de haber sido considerado el trabajo de Debenedetti, sin la consiguiente crítica de Outes, como hito fundacional de la arqueología histórica en el NOA, por cuanto *quedó entonces sacralizada la ruptura metafísica*. A los efectos de nuestro argumento, el silencio impuesto al crítico Outes reafirma nuestra interpretación de la existencia de determinaciones extra-científicas en la constitución de Debenedetti como fundador. Incluso cuando tres décadas más tarde el Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral publica su informe sobre las investigaciones que bajo la dirección de Mario Cigliano había realizado en el valle de Santa María, un caso en Lampacito similar a la interpretación de Caspinchango por Outes conduce a conclusiones parecidas, aunque se evita la herejía de discutir el Caspinchango de Debenedetti:

“La reunión de estos elementos, en un mismo enterratorio, nos pone ante la evidencia de la contemporaneidad de los últimos períodos de la cultura Santa María, de las piezas tipo Caspinchango y del Yocavil bicolor con la conquista española, relación que se hace evidente en un aspecto tan particular dentro de las culturas indígenas como son las costumbres funerarias” (Lorandi, Renard y Tarragó 1960: 77).

Outes había ido más allá:

“Todos estos paralelismos que, sin violencia alguna, pueden establecerse entre numerosos yacimientos del noroeste (...) demuestran, en principio, la existencia de una perfecta unidad y continuidad culturales. Por ello, huelga decir que las “distintas culturas en épocas distintas” a que alude el autor, los “períodos” diversos, cuyo acervo arqueológico integral aún no se conoce, y cuya expansión no se ha fijado en sus múltiples facies locales, son, hoy por hoy, *meras expresiones verbales, desprovistas de todo sentido cronológico y de todo valor estratigráfico*. El hecho nuevo, francamente positivo, de “documentación insospechable”, como diría el autor, ofrecido por los cementerios de Caspinchango, consiste, únicamente, en el material europeo contenido en algunas de sus sepulturas” (Outes 1922-1923: 275; enfatizado no original).

Seguidores de la ruptura metafísica

Luego de un largo período de silencio, recién en décadas más recientes comenzó a recuperarse tenuemente el interés por la arqueología colonial, pero fuertemente marcado por la metafísica debenedettiana. Así, en 1963, Julián Cáceres Freyre publicó un informe sobre el sitio de San Miguel o Pisapanaco (Pomán, Catamarca), en donde interpretó los hallazgos de cerámica Yocavil Policromo y Yocavil Rojo sobre Blanco, con instrumentos de bronce, entre ellos una cabeza de alfiler con un grabado de un jinete, como parte del “*contexto cultural de los diaguitas protohistóricos*” (1963: 182; enfatizado no original).

Pero la obsesión cronologista fue tan fuerte en la arqueología del NOA que la marca del campo establecida por Debenedetti sólo muy recientemente ha podido, aunque no explícitamente, ser reformulada. Poco menos de una década después del trabajo de Cáceres Freyre, Víctor Núñez Regueiro y Myriam Tarragó intentaron una radical propuesta que pudo haber tenido consecuencias revolucionarias para la arqueología colonial. Presentaron en su trabajo cuatro ejemplos arqueológicos de aculturación (proponiendo a esta como la categoría teórica relevante): Alumbarrera, Tafi-Ingenio del Arenal, Itatí y Cachi Adentro. El ejemplo que me compete, el de Cachi Adentro, fue comparado con Caspinchango. Ambos sitios presentan elementos de origen europeo (hierro, cuentas de vidrio) junto a elementos de tradición aborígen (ollitas Caspinchango y puntas de proyectil de hueso), por los que “*dos grupos del último momento aborígen, con patrones culturales propios y diferente identidad cultural, mantuvieron contacto entre sí y con los españoles, provocando la incorporación de rasgos de dos orígenes distintos*” (Núñez Regueiro y Tarragó 1972: 46). Dado que había un planteo teórico guiando el trabajo, se trató de una propuesta capaz de acercarse a un mayor nivel de generalización. La teoría de la aculturación les permitió a los autores encarar a los fenómenos expansivos con mayor contextualización teórica, lo que sin embargo no implicó mayor contextualización histórica, puesto que es la misma teoría de la aculturación la que, al retener a la cultura en el *explanans* en lugar de trasladarla al *explanandum*, termina por donde comienza: *la calidad y/o cantidad de rasgos originales o foráneos indica el mayor o menor nivel de aculturación, entendida*

esta como una absorción pasiva y descolorida. No se interpretó la cultura material según significados específicos y particulares relacionados a la dinámica interna de los grupos involucrados en el proceso de aculturación (Bandlamudi 1994), sino como indicador de persistencia o desaparición de la cultura indígena, sin poder superar la original demarcación histórico-epistemológica de Debenedetti. Al respecto resulta relevante que la crítica de Outes no fue consultada por los autores, pues hubiera sido útil al menos para resaltar la inconsistencia de ciertas discriminaciones anteriores que son tomadas como ciertas.

Sin dudas, la principal obra de arqueología colonial es la edición de dos autores extradisciplinarios, Eldo Morresi y Ramón Gutiérrez, en la cual convocaron a varios autores, entre ellos arqueólogos, a plasmar su aporte en sendos tomos publicados en 1983 (Morresi & Gutiérrez 1983). La obra tiene dos claros mensajes para el tema que nos ocupa: constata el *subdesarrollo de la investigación arqueológica colonial* en el NOA, y expone clara y exageradamente *el proyecto histórico político que subyace a la definición del campo*. Aunque, en realidad, resulta artificial la división entre ambos tipos de mensaje. Pues dado que la arqueología no sólo estudia sino que produce monumentos, es decir monumentaliza el espacio frente a la erosión del tiempo (Frankel 1993, Schnapp 1991), tal vez sea ese el sentido primero de la arqueología colonial del NOA, lo que también explicaría la preponderancia de los arquitectos sobre los arqueólogos o historiadores entre los cultores del campo.

En el prólogo a la más importante obra sobre arqueología colonial argentina, Ernesto Maeder delimita el campo de una manera más que esperable: nuevamente reproduce la periodización prehispánico-hispánico-nacional, y justifica la intromisión de la arqueología en el segundo período por una cuestión de complementación de fuentes. Pero el contenido político de la segmentación puramente temporal se revela al primer intento de síntesis, cuando señala que “he aquí un campo en que *ambas épocas se superponen* y hacen necesaria la concurrencia de arqueólogos e historiadores” (énfasis mío) (Maeder 1983: 11). Los respectivos objetos de la arqueología y la historia se diferencian temporal y metodológicamente; es más, la diferenciación metodológica es toda una caracterización de la periodización. Pero, dado que apriorísticamente dicha diferenciación está construida a tono con el sujeto

como proyecto (la política de la identidad nacional), toda segmentación temporal se desdibuja por el peso de su significado: la construcción del yo y los otros. Sólo así se puede comprender *que las épocas puedan ser metáfora de las culturas*.

Al respecto, por sí solas hablan las palabras de uno de los editores de la obra, Eldo Morresi:

“(L)a Arqueología, cuando intenta mostrar las raíces culturales de los pueblos, en este caso específico de la argentinidad se constituye (...) en una ciencia participante del progreso del país, *potenciando nuestra nacionalidad, que es uno de sus objetivos fundamentales*” (ibid.: 15-16; énfasis no original).

“(A)ún falta (*sic*) brazos que excaven, hieran la tierra para levantar el velo que cubre *la presencia primordial del hombre argentino*” (ibid.: 16).

“Este interés preocupante en la búsqueda afanosa de las raíces de nuestra heredad e identidad cultural ha sido la motivación substancial para canalizar esta publicación, nominada “Presencia Hispánica en la Arqueología Argentina” (ibid.: 16).

Ahora veamos cómo la definición del campo se confunde en este párrafo con una encendida exaltación patriótica, al punto de definir el propio objeto material, el sitio arqueológico histórico, como un fragmento de patria:

“Entendemos que la Arqueología del Contacto Hispano-Indígena y la plenamente Hispánica, Siglo XVI-XVII y XVIII, respectivamente, por darle tope cronológico, tiene grandes resonancias culturales y se encuentra un tanto adormecida en el país de los argentinos en el estudio de nuestro pasado reciente y resulta importante para comprender nuestro presente cultural y hará mucho para definir nuestra identidad cultural como pueblo, para recoger a través de los materiales fuentes y a cada paso, la emoción de las cosas guardadas en la tierra y despertar su memoria por el estudio. Al conocerlo nos invade un profundo respeto y valoramos su significatividad para el entendimiento de ese pretérito, que nos enorgullece y es parte de esta erguida y esperanzada Argentina. Ese pasado cercano debe reconstruirse y su tarea

no tiene final como la Patria y la Madre. Porque habrá siempre yacimientos para transitar el camino que implica la búsqueda de nuestros orígenes, permitiendo *definir la singularidad cultural nacional y potenciarla*. Nuestra herencia que es el intransferible patrimonio histórico. *Cada yacimiento arqueológico, en este caso argentino, es un pedazo de tierra con contenido de paternidad. Así la arqueología debe transformarse en una vitamina para estimular y hacerse presente en el sentimiento nacional*" (ibid.: 18-19; énfasis no original).

Pero, convengamos, no se trata de la arqueología, sino de la historia colonial monumentalizada por la arqueología histórica:

"Reiteramos que cada yacimiento es un pedazo de tierra donde cada pueblo respira paternidad y donde está la raíz del ser nacional. Nos estamos refiriendo a la Argentina y ese momento para nosotros es el momento que entran en contacto el mundo indígena con el mundo hispánico, portadores ambos de culturas diametralmente opuestos (*sic*), que en un primer momento se ayudan mutuamente y luego se enfrentan. En este tiempo se inicia la Arqueología Histórica, durante el Período de la Conquista de nuestro territorio y las evidencias de ese contacto cultural en múltiples sitios. A estas evidencias materiales la Arqueología le da vida, hasta donde puede. Despierta esa memoria guardada y dormida durante siglos. *Actualiza una vieja reunión de amigos, mostrando el nacimiento de esa amistad primordial que nos une, que nos enorgullece y que nos aglutina*" (ibid.: 19; énfasis no original).

Por si aún no queda suficientemente claro, la verborragia de Morresi se ocupa de despejarnos el entendimiento:

"Y convengamos, que *más que ninguna*, sin por ello desconocer ni subestimar lo alcanzado por la Arqueología Prehistórica – indicamos así las Industrias Precerámicas y Culturas Agro-Alfareras, *la Arqueología Histórica une al pueblo y resulta un energizante para el sentimiento y la voluntad nacional*" (ibid.: 19; énfasis no original).

Un 'energizante' que en el contexto histórico en el cual se produjo el texto no deja lugar a dudas acerca de su contenido político; es un argumento claramente coherente con la política cultural de insistente

exacerbación del patriotismo nacionalista imperante durante el "proceso de reorganización nacional" (1976-1983), que incluyó a la copa mundial de fútbol de 1978 pero también a la guerra contra el Reino Unido de 1982, como una forma de contrarrestar la protesta frente al genocidio, la represión política y cultural, y el ajuste económico, de tal manera que quien criticaba al régimen era considerado 'subversivo', 'apátrida' y 'enemigo de la patria'

Los trabajos arqueológicos incluidos en el volumen, sin incurrir en estridencias como las transcritas, reproducen en mayor o menor grado lo establecido en el campo desde su fundación. Mencionaré solamente uno de los trabajos, en donde se matiza el contenido nacionalista dado al volumen por Morresi por uno más regionalista, aunque no menos primordialista, en el que se considera "el grado de persistencia de aquella primera y autóctona (cultura) que tras una aculturación lenta se fusionó con la española, conformando *nuestras verdaderas raíces culturales*" (Gramajo de Martínez Moreno 1983: 757; énfasis no original):

"Queda pues demostrado que existe una continuidad histórica por el territorio Santiaguense y que la Arqueología Colonial o Histórica es de gran importancia para arrojar luz sobre nuestro pasado, de allí el valor de aportes de este carácter, además de la experiencia que hemos tenido la oportunidad de vivir al confrontar pasado con presente, poder sentir la sensación de esa "continuidad", advirtiendo al mismo tiempo la importancia de las horas de nuestras vidas dedicadas al estudio o la meditación del pasado y su cultura" (ibid.: 757-758).

Se puede intuir que el "nosotros" implicado por Eldo Morresi y por Amalia Gramajo no es exactamente el mismo, pero el sentido que la exaltación y "potenciación" del mismo le otorga a la arqueología colonial no se diferencia. Así, Gramajo considera que "(...) las (ruinas) de Ibatín deben conservarse para la *veneración patriótica de las generaciones argentinas*" (ibid.: 810), al tiempo que "(son) un gran monumento de la primera época histórica del Tucumán." (ibid.: 810; cursivas en el original).

El contacto en la historia

Un segundo punto de inflexión en la arqueología hispano-indígena, así como el primero fue De-

benedetti en 1921, es el trabajo de Myriam Tarragó publicado en Runa en 1984 y titulado “El contacto hispano-indígena.” En dicho trabajo, Tarragó contextualizó los hallazgos del cementerio de Cachi Adentro en la historia de la penetración española en los valles calchaquies. Interpretó las similitudes y diferencias con otros sitios contemporáneos (como Caspinchango), en términos de procesos histórico-sociales. Hay en dicho trabajo una contextualización en una escala regional y en un tiempo más largo (desde el período de desarrollos regionales hasta el siglo XVII), para poder interpretar el fenómeno local. Pero también aplicó las mismas categorías hacia atrás y hacia adelante en el tiempo. Esto le permitió vincular los procesos históricos sucesivos y las implicancias respecto de los datos materiales y escritos.

Por ejemplo, Tarragó interpretó la decoración de la cerámica en relación a posibles significaciones de la misma, semejanzas y diferencias con patrones tradicionales:

“(E)l hecho que el pueblo de Cachi Adentro conservaba elementos decorativos de ese estilo (Inca Paya), mientras que Caspinchango no, plantea dos respuestas alternativas (que en rigor no son alternativas).”

“Si el tipo del Inca Paya no se debe meramente al azar de los hallazgos arqueológicos de hecho, el foco de desarrollo de este Inca Provincial estuvo en la parte media y norte del Valle Calchaquí en relación con la provincia étnica de Chicoana. La mayor distancia de las comunidades de Caspinchango con respecto a este proceso regional, las habría llevado a una pérdida más rápida de las normas y de la significación simbólica del estilo Inca Paya, o a su no incorporación por predominio de otros procesos alfareros regionales, como el que se relaciona con el tardío estilo Famabalasto y su decoración geométrica en guardas. Una de las más características es la compuesta por series de triángulos y volutas a la cual se aproximan la ornamentación de las ollas de Caspinchango.”

“La otra alternativa es que Caspinchango documente un momento ligeramente más tardío o más avanzado del proceso de choque cultural con lo europeo. La presencia de loza de Talavera y de cerámica vidriada es un argumento a favor de esta última.”

Lo mismo se aplica a otros órdenes de artefactos.” (Tarragó 1984:171; comentarios agregados entre paréntesis).

En este sentido, se trata de un trabajo que apunta seriamente a una reconstrucción del campo de la arqueología colonial. Lamentablemente, no se trata de un campo pródigo en investigaciones, y la casi ausencia de trabajos más recientes impide analizar el impacto de este trabajo en la investigación corriente. La obra de Tarragó, sin embargo, pone implícitamente en crisis el “modelo Caspinchango” de delimitación del campo de la arqueología colonial, orientándose al estudio del cambio en las situaciones de contacto (Borrero 1992, Murray 1993), en lugar de, en la configuración de lo que aquí caractericé como ruptura metafísica, dar el cambio como dado.

Finalizaré la revisión de la literatura mencionando un último ejemplo, de 1991, en el que se vuelve a encontrar el “modelo Caspinchango” aunque revestido de un “nuevo” glosario sistémico. Se trata del “modelo procesual acerca del sistema cultural Huma-huaca tardío y sus modificaciones ante el invasor europeo” de María Isabel Hernández Llosas, quien interpreta el arte rupestre como indicador de un nuevo estado del sistema (el hispano-indígena). El aparato conceptual sistémico adoptado no permite profundizar el cambio histórico, puesto que justamente resalta homogeneidades sincrónicas representadas por cada estado del sistema. Así, figuras de jinetes pintadas sobre anteriores representaciones de camélidos son considerados un reajuste sistémico.

Además, Hernández Llosas es taxativa cuando sentencia que “(...) abordar el estudio de las representaciones rupestres (...) dentro de un modelo teórico que les dé un marco de referencia, y buscando su función dentro de la interpretación arqueológica, abre líneas de investigación más provechosas que la búsqueda ciega de su significado simbólico, que es prácticamente imposible descifrar, y que no conduce a avances concretos en nuestro conocimiento arqueológico” (1991: 63). No advierte que interpretar la representación rupestre en términos funcionales equivale a atribuirle un particular significado simbólico, procedimiento cuanto más ciego que intentarlo por medios más explícitos. Las pinturas representan elementos de la nueva situación de contacto, por lo tanto, indican una nueva situación de contacto, algo que es sabido desde antes de la introducción de las pinturas como dato. Lo que se niega a ver, por mor de la ceguera que acusa en las interpretaciones simbólicas

cas, es que las representaciones son símbolos, y sea que interprete sus significados concretos o no, deben ser considerados como tales; tal como se vió en las perduraciones de ciertos motivos decorativos tradicionales, implicaba considerar el valor simbólico de las representaciones en las acciones sociales tales como el ritual funerario (Tarragó 1984). Pero en el caso específico de las representaciones rupestres de jinetes, vale la mención de la interpretación de Francisco Gallardo, Victoria Castro y Pablo Miranda, por la que el "reajuste sistémico" puede ser comprendido dentro del contexto de la resignificación de la figura de jinete del Apóstol Santiago y su doble papel de símbolo de la conquista para unos y de la resistencia para otros, a través de su identificación con Illapa, el relámpago (Gallardo, Castro y Miranda 1990).

La cuestión colonial en la arqueología del NOA

La ruptura metafísica, que definida en términos históricos tiene consecuencias de interpretación cultural, implica una segunda ruptura, no menos metafísica, que definida en términos culturales tiene consecuencias de interpretación histórica. Se trata de la ruptura entre historia y presente etnográfico. El presente etnográfico se refiere a la descripción de las culturas de los pueblos indígenas como un paquete de rasgos desprovistos de dimensión histórica interna, contruidos a partir de una variada suma de fuentes documentales escritas por europeos o descendientes de ellos. Como Luis Borrero ha mostrado para el caso fueguino (Borrero 1992), al utilizar el presente etnográfico como análogo para la descripción de sociedades pre-contacto, el período de contacto queda desprovisto de su dinámica de cambio y es construido en términos esencialistas. Ahora bien, el caso fueguino es diferente al del noroeste. Es en el NOA en donde entre sociedades pre-contacto y presente etnográfico existe un más largo tiempo histórico, que implica no una sino múltiples transformaciones (y continuidades), que no es posible asumir sino que deben ser estudiadas históricamente, puesto que se trata de procesos históricos. La analogía culturalmente construida entre pasado arqueológico y presente etnográfico puede ser comprendida como una demarcación étnica del otro concomitantemente a la construcción del yo identitario. Pero tiene una fundamental consecuencia teórica: *el período colonial*

queda excluido de la relación o, mejor dicho, desprovisto de dimensión histórica. La cronología es subsumida por el peso de la analogía, por lo que los procesos históricos desaparecen de lo que no puede sino ser entendido como una construcción culturalógica de la alteridad radical (tanto que subsume no sólo a la cultura sino también a la historia) por oposición al yo identitario (Keesing 1990). Así, *la cuestión colonial queda definida en la arqueología del NOA como una no-cuestión.*

Lo colonial como una no-cuestión se constituye entonces en una de las premisas ocultas de la arqueología del NOA, por cuanto, como planteé antes, *objeto arqueológico (en tanto objeto de la experiencia) y objetivismo (en tanto autonomía respecto del sujeto) se implican uno al otro.* Por lo tanto, la no-cuestión colonial no viene sino a reafirmar la ruptura metafísica, y se constituye en condición de posibilidad de una arqueología estrechamente objetivista (aunque de ningún modo objetiva, dado que reposa sobre una metafísica de la historia que implica tanto a sujetos como a objetos). Esto permite una más profunda comprensión de la irrelevancia de la arqueología colonial en el NOA, puesto que de otra manera pondría en riesgo los supuestos sobre los que el campo disciplinario de la arqueología ha sido fundado. También se explica el hecho de la mayor proporción de extradisciplinarios entre los practicantes de arqueología colonial que de arqueología precolonial.

Recientes enfoques críticos de las categorías etnohistóricas permiten alentar una presión hacia la deconstrucción del presente etnográfico regional (Cruz 1990-1992, Lorandi 1990-1992). Las más fuertes tendencias naturalistas y objetivistas en la arqueología argentina dejan lugar para un optimismo mucho más moderado en este caso, ya que, como he querido mostrar, objetivismo y ámbito objetual de la arqueología se constituyen en el mismo paso.

Desde mi perspectiva, la superación de las rupturas metafísicas acompañará *la construcción de un mismo marco teórico-conceptual para la historia regional, tanto precolonial, colonial y postcolonial.* En este sentido, el campo de la arqueología colonial se presenta como fundamental para la construcción de dicho marco unificado. La investigación arqueológica del período colonial debería aportar a la discusión de importantes aspectos para los cuales la evidencia documental parece menos promisoría. Por ejemplo, el rol dual de las comunidades andinas en la economía colonial, mediante la estratégica complementación de participación mercantil y autosu-

bsistencia (Tandeter 1992, Tandeter y Wachtel 1983), podría ser investigado desde el polo supuestamente opuesto al mercado, mediante estudios arqueológicos en comunidades andinas en espacios rurales marginales, como bien podrían ser los casos de Caspinchango y Cachi Adentro para el período colonial temprano. En este sentido, enfocar la investigación en la cotidianeidad de las comunidades durante el período colonial temprano o hispano-indígena, en lugar de centrarla en los sucesos particulares como fundaciones o levantamientos, permitiría comprender a estos últimos en relación a sus respectivos contextos. El NOA ha sido un espacio de frontera tanto para el imperio incaico cuanto para el español (por lo menos en el colonial temprano), por lo que la dinámica de la frontera, con sus fluctuaciones hacia una mayor o menor integración mundial o periférica, imprimió antes y después del contacto su marca en los fenómenos tanto económicos como culturales. Plantear que los datos arqueológicos confirmarán o rechazarán interpretaciones basadas en datos documentales implica reducir el problema a un nivel objetivista. En cambio, integrando ambos estudios en un mismo marco es posible un diálogo fructífero y provechoso (Funari 1996a, 1996b, 1996ms, 1999).

Inevitablemente, el desarrollo de una arqueología relevante para la historia colonial irá acompañado de *la disolución de la cuestión colonial en la arqueología del NOA* (definida aquí como la no-cuestión de la ruptura metafísica). En la medida en que los supuestos pre-teóricos son puestos bajo el escrutinio crítico, y se permita la reconstrucción de las categorías bajo las cuales se construyen los objetos de la experiencia, la diferencia entre períodos prepostcontacto y postprehistóricos permanecerá en el ámbito de las comprensiones históricas.

Agradecimientos

Pedro Paulo, Noberto Guarinello, María Isabel Hernández Llosas, Pepe Pérez Gollán, Myriam Tarragó y Enrique Tandeter han influido de diversas maneras en el desarrollo de la argumentación de este trabajo, algunos de ellos realizando comentarios de anteriores versiones. A ellos los aciertos, a mí los errores. A los pobladores de Antofalla para quienes lo arqueológico y los 'jesuistas' son parte de un mismo pasado.

Bibliografía

- AMBROSETTI, J.
1907 Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya (valle Calchaquí, prov. De Salta). *Publicaciones de la sección antropológica*, 3. Buenos Aires.
- AROCENA, M.L.; DE GASPERI, G.; PETRUZZI, S.
1960 Caspinchango. E.M. Cigliano (Ed.) Investigaciones arqueológicas en el valle de Santa María. *Publicación*, Rosario, 4: 81-109.
- BALDINI, L.; ALBECK, M.
1983 La presencia hispánica en algunos sitios del valle de Santa María. Catamarca. E. Morresi; R. Gutiérrez (Eds.) *Presencia Hispánica en la arqueología argentina II*, Resistencia: 549-566.
- BANDLAMUDI, L.
1994 Dialogics of understanding self/culture. *Ethos*, Washington, 22 (4): 460-493.
- BENNETT, W.; BLEILER, E.F.; SOMMER, F.H.
1948 Northwest Argentine archaeology. New Haven, *Yale University publications in Anthropology*, 38-39.
- BINFORD, L.R.
1962 Archaeology as anthropology. *American antiquity*, Washington, 28: 217-225.
- BOMAN, E.
1920 Cementerio indígena de Viluco, posterior a la conquista. *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, Buenos Aires, XXX.
1932 Estudios arqueológicos riojanos. *Anales del Museo Nacional de Historia Natural "Bernardino Rivadavia"*, Buenos Aires, XXXV.
- BORRERO, L.A.
1992 Pristine archaeologists and the settlements of southern South America. *Antiquity*, London, 66: 768-777.
- BREGANTE, O.
1926 *Ensayo de clasificación de la cerámica del NO argentino*. Buenos Aires.
- BRUCH, C.
1911 Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca. *Revista del Museo de La Plata*, La Plata, XIX.
- CÁCERES FREYRE, J.
1937 El fuerte del Pantano. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Buenos Aires, 1: 107-115.
1955 El fuerte del Pantano. Datos para su historia (siglos XVII y XVIII). *Meridiano*, Catamarca, 66, Año 1, N° 2, 3 y 4.

- 1963 La cerámica de los diaguitas protohistóricos. Un dato cierto para la cronología del NO argentino. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, Buenos Aires, 4.
- 1983 El fuerte de San Blas del Pantano (siglo XVII). E. Morresi; R. Gutiérrez (Eds.) *Presencia Hispánica en la arqueología argentina II*, Resistencia: 567-598.
- CADENA DE HESSLING, M.
1983 La efímera vida de la maldecida Esteco. E. Morresi; R. Gutiérrez (Eds.) *Presencia Hispánica en la arqueología argentina II*, Resistencia: 679-699.
- CIGLIANO, E.M.
1960 Conclusiones. E.M. Cigliano (Ed.) Investigaciones arqueológicas en el valle de Santa María. *Publicación*, Rosario, 4: 120-26.
- CLARKE, D.L.
1984 *Arqueología analítica. Segunda edición*. Revisión de B. Chapman. Traducción al español de Bellaterra, supervisada por M. E. Aubet, J. Miró y F. Riera. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- CONI, E.
1925 Los guaraníes y el antiguo Tucumán. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, II (2).
- CRUZ, R.
1990 La "construcción" de identidades étnicas en el Tucumán colonial: los amaichas y los tafíes en el debate sobre su "verdadera" estructuración étnica. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Buenos Aires, XVIII: 65-92.
- DEBENEDETTI, S.
1921 La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspinchango (Provincia de Catamarca). *Publicaciones de la Sección Antropológica*, Buenos Aires, 20.
- ELLER, J.D.; COUGHLAN, R.M.
1993 The poverty of primordialism: the demystification of ethnic attachments. *Ethnic and racial studies*, London, 16 (2): 181-202.
- FRANKEL, D.
1993 The excavator: creator or destroyer? *Antiquity*, London, 67: 875-877.
- FRIEDMAN, J.
1992 The past in the future: history and the politics of identity. *American anthropologist*, Washington, 94 (4): 837-859.
- FUNARI, P.P.A.
1996a Historical archaeology in Brazil, Uruguay, and Argentina. *World archaeological bulletin*, Southampton, 7: 51-62.
1996b O amadurecimento de uma arqueologia histórica mundial. *Revista de História*, São Paulo, 135: 163-168.
1996 Arqueología e historia, arqueología histórica mundial y América del Sur. Ms presentado en las II Jornadas de Etnolingüística, Rosario, Octubre 1996.
- 1999 Historical archaeology from a world perspective. P.P.A. Funari; M. Hall; S. Jones (Eds.) *Historical Archaeology, Back from the Edge*. London, Routledge: 37-66.
- FURQUE, H.
1900 Las ruinas de Londres de Quinmivil (Catamarca). *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Buenos Aires, 50.
- GALLARDO, I.F.; CASTRO, R.V.; MIRANDA, B.P.
1990 Jinetes sagrados en el desierto de Atacama: un estudio de arte rupestre andino. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, Santiago de Chile, 4: 27-56.
- GONZÁLEZ, A.R.
1983 La provincia y la población incaica de Chichona. Historia y arqueología de un viejo problema. E. Morresi; R. Gutiérrez (Eds.) *Presencia Hispánica en la arqueología argentina II*, Resistencia: 633-674.
- GRAMAJO DE MARTÍNEZ MORENO, A.
1976 La primitiva ciudad de San Miguel de Tucumán en Ibatín. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Buenos Aires, 10.
1983 El contacto hispano-indígena en Santiago del Estero. E. Morresi; R. Gutiérrez (Eds.) *Presencia Hispánica en la arqueología argentina II*, Resistencia: 701-772.
- GUTIÉRREZ, R.
1983a Las propuestas morfológicas del urbanismo hispánico. E. Morresi; R. Gutiérrez (Eds.) *Presencia Hispánica en la arqueología argentina I*, Resistencia: 45-64.
1983b Las ruinas de Esteco en una descripción del siglo XVIII. E. Morresi; R. Gutiérrez (Eds.) *Presencia Hispánica en la arqueología argentina II*, Resistencia: 675-678.
- HABER, A.F.
1992/1994 Supuestos teórico-metodológicos de la etapa formativa de la arqueología de Catamarca (1875-1900). *Publicaciones del CIFYH*, Córdoba, *Arqueología*, 47: 31-54.
1994 Theory and practice in northwestern Argentine archaeology. K. Paddayya; I. Hodder (Eds.) *Relationship between archaeological theory and practice*. New Delhi.
- HABER, A.F.; DELFINO, D.D.
1995/1996 Samuel Lafone Quevedo and the construction of archaeology in Argentina. *Revista de História da Arte e Arqueologia*, Campinas, 2: 31-43, 405-413.
- HABER, A.F.; SCRIBANO, A.O.
1993 Hacia una comprensión de la construcción científica del pasado: ciencia y arqueología en el noroeste argentino. *Alteridades*, México, D.F, 3(6): 39-46.
- HERNÁNDEZ LLOSAS, M.
1991 Modelo procesual acerca del sistema cultural Humahuaca tardío y sus modificaciones ante el impacto invasor europeo: implicaciones sobre las representaciones rupestres. M.M. Podestá; M.J. Hernández Llosas; S.F. Renard de Coquet (Eds.) *El arte rupestre en la arqueología contemporánea*. Buenos Aires: 53-65.

- HODDER, I. (Ed.)
1987 The contribution of the long term. *Archaeology as long-term history*. Cambridge, Cambridge University Press: 1-8.
- KEESING, R.
1990 Theories of culture revisited. *Canberra anthropology*, Canberra, 13(2): 46-60.
- LAFONE QUEVEDO, A.
1906 Viaje arqueológico en la región de Andalgalá, 1902-1903. *Revista del Museo de La Plata*, XII (2). La Plata.
- LAFONE QUEVEDO, S.
1892 El pueblo de Batungasta. *Anales del Museo de La Plata (Arqueología)*, II. La Plata.
- LANGE, G.
1892 Las ruinas del pueblo de Watungasta. *Anales del Museo de La Plata*, II. La Plata.
- LARROUY, A.
1914 Los indios del valle de Catamarca. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, XVII (4).
- LEVILLIER, R.
1926 *Nueva crónica de la conquista del Tucumán*. Buenos Aires.
- LORANDI, A.M.
1990/ Ni tradición ni modernidad. El mestizaje en contextos sociales desestructurados. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Buenos Aires, XVIII: 93-120.
1992
- LORANDI, A.M.; RENARD, S.; TARRAGÓ, M.
1960 Lampacito. E.M. Cigliano (Ed.) Investigaciones arqueológicas en el valle de Santa María. *Publicación*, Rosario, 4: 65-79.
- MAEDER, E.J.A.
1983 Prólogo. E. Morresi; R. Gutiérrez (Eds.) *Presencia Hispánica en la arqueología argentina I*, Resistencia: 11-14.
- MÁRQUEZ MIRANDA, F.; CIGLIANO, M.
1957 Ensayo de clasificación tipológico-cronológica de la cerámica santamariana. *Notas del Museo de La Plata*, La Plata, XIX.
- MONTES, A.
1959 El gran alzamiento diaguita (1630-1643). *Revista del Instituto de Antropología*, Córdoba, 1.
- MORRESI, E.
1983 Alternativa y camino válido para una presencia activa en la investigación de arqueología histórica argentina. E. Morresi; R. Gutiérrez (Eds.) *Presencia Hispánica en la arqueología argentina I*, Resistencia: 15-27.
- MORRESI, E.; GUTIÉRREZ, R. (Eds.)
1983 *Presencia Hispánica en la arqueología argentina*, 2 volúmenes. Museo Regional de Antropología "Juan A. Martinet", Instituto de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Nordeste, Resistencia.
- MURRAY, T.
1993 The childhood of William Lanne: contact archaeology and Aboriginality in Tasmania. *Antiquity*, London, 67: 504-519.
- NUÑEZ REGUEIRO, V.; TARRAGÓ, M.
1972 Evaluación de datos arqueológicos: ejemplos de aculturación. *Estudios arqueológicos*, Cachi, 1.
- OUTES, F.
1922/ Salvador Debenedetti, La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspinchango. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, XLVI, 745-788, con 14 láminas y 26 figuras en el texto. Buenos Aires, 1921. *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Buenos Aires, I (1-10): 256-281.
1923
- QUIROGA, A.
1894 Calchaquí y la epopeya de las cumbres. *Revista del Museo de La Plata*, La Plata, V.
- RAFFINO, R.
1983 Arqueología y etnohistoria de la región calchaquí. E. Morresi; R. Gutiérrez (Eds.) *Presencia Hispánica en la arqueología argentina II*, Resistencia: 817-861.
- RAVIÑA, M.; IÁCONA, L.A.; ALBORNOZ, A.M.
1983 Nota preliminar sobre una nueva fortaleza en el valle Calchaquí: el pucara de Gualfn. E. Morresi; R. Gutiérrez (Eds.) *Presencia Hispánica en la arqueología argentina II*, Resistencia: 863-874.
- SCHAEDEL, R.
1992 The archaeology of the Spanish colonial experience in South America. *Antiquity*, London, 66: 217-242.
- SCHNAPP, A.
1991 L'archéologie de l'archéologie: une reflexion sur les rapports du passé et du présent. *Arqueologia hoje*, Algarve, 1:172-183.
- SEMPÉ de GÓMEZ LLANES, C.
1973 Últimas etapas del desarrollo cultural indígena (1480-1690) en el valle de Abaucán, Tinogasta. *Revista del Museo de La Plata*, La Plata, VIII. Batungasta. E. Morresi; R. Gutiérrez (Eds.) *Presencia Hispánica en la arqueología argentina II*, Resistencia: 599-613.
1983a
1983b Etnohistoria del valle de Abaucán. Dto. Tinogasta. Catamarca. E. Morresi; R. Gutiérrez (Eds.) *Presencia Hispánica en la arqueología argentina II*, Resistencia: 615-632.
- TARRAGÓ, M.
1984 El contrato (sic) hispano-indígena: la provincia de Chicoana. *Runa*, Buenos Aires, XIV: 145-185.
- TANDETER, E.
1992 *Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826*. Buenos Aires.
- TANDETER, E.; WACHTEL, N.
1983 *Precios y producción agraria. Potosí y Charcas en el siglo XVIII*. Buenos Aires.
- WILLIAMS, J.S.; FOURNIER-GARCÍA, P.
1996 Beyond national boundaries and regional perspectives: contrasting approaches to Spanish colonial archaeology in the Americas. *World archaeological bulletin*, Southampton, 7: 63-76.
- YOUNG Jr., T.C.
1988 Since Herodotus, has history been a valid concept? *American Antiquity*, Washington, 53 (1): 7-12.